

MICROMUNDOS

06

AGUA

AGOSTO 2026

DONDE
TERMINA
EL VERANO

Elma Correa





MICROMUNDOS

ATLANTA, GA
micromundosmagazine@gmail.com

Dirección, Producción y Diseño

LUNA, Micromundos

micromundomagazine@gmail.com

Edición y Corrección

Esteban Girón

Posthac Publishing

posthacpublishing@gmail.com

Ilustraciones

YoCo Art @yoco_art

Primera edición: Luz – Marzo 2026

Segunda edición: Tiempo – Abril 2026

Tercera edición: Memoria – Mayo 2026

Cuarta edición: Sombras – Junio 2026

Quinta edición: Caminos – Julio 2026

Sexta edición: Agua – Agosto 2026

ÍNDICE

Voz Destacada

Donde el agua encuentra su cauce Elma Correa, Escritora 4

Columnas y Colaboradores

Liberatura Daniela Romero Pineda 8

Palabra de elefante Elefante 11

La vida en aumento Salva J. Luzzy 15

A flor de piel Nancy Nocelli 19

La belleza de lo invisible Iñaki Sainz de Murieta 20

Micella Graciela Cignacco 23

Luna 30

Graciela Cignacco 49

Micropalabras Eloy Conde 26

Ficciones diminutas Leonel Flores 33

En los márgenes Cristina Carrizo Altuzarra 36

Un lugar puntual Sara y punto 38

Kotodama Stefany Toya 42

Suspensión de Incredulidad Esteban Girón 41

El coronel ya tiene quien le escriba Luna 45

Dedicatorias a la tinta Malena Rodríguez Meilán 48

Andrea Andrea Fagundes Campos 52

Afteronemartini Atoma 59

Mundos Sonoros Sol Doria 62

Mónica Reta 65

Pequeña biblioteca Eloy Conde 69



DONDE EL ALMA ENCUENTA SU CAUCE*Conversación con Elma Correa*

Hay geografías que se heredan como un apellido y otras que se descubren con el tiempo. La de **Elma Correa** pertenece a ambas categorías. Nació y vive en Mexicali, una ciudad donde el desierto obliga a pensar el agua como una presencia deseada más que como una certeza. Quizá por eso resulta tan significativo escucharla hablar de la escritura: porque sus palabras también parecen haber recorrido un largo trayecto antes de aceptar el paisaje del que provienen.

Nuestra conversación comenzó con una pregunta sobre la identidad y terminó revelando algo mucho más profundo: nadie escribe desde un territorio neutro. Durante mucho tiempo, Elma quiso desprenderse de la idea de ser una escritora del norte de México. Le preocupaba que el paisaje determinara la lectura de su obra, como si la frontera pudiera convertirse en una etiqueta antes que en una experiencia. Con los años comprendió que la universalidad no consiste en borrar el lugar de origen, sino en escribir desde él con suficiente honestidad para que otros puedan reconocerse.

Esa reconciliación con su geografía recuerda el comportamiento del agua cuando encuentra finalmente un cauce. Puede desviarse, resistirse, desaparecer bajo la superficie, pero siempre termina revelando el camino que le pertenece. En el caso de Elma, ese camino pasa por el desierto, por la frontera y por las vidas que habitan ambos espacios sin convertirse nunca en simples escenarios. Sus personajes no son definidos por el paisaje; dialogan con él, lo contradicen y, en ocasiones, sobreviven gracias a él.

La conversación también nos llevó hacia otra corriente fundamental de su obra: el feminismo. Lejos de presentarlo como una identidad adquirida desde el principio, lo describe como un proceso de aprendizaje. Fueron las lecturas, las conversaciones y las amistades las que modificaron su manera de mirar el mundo. Esa transformación no aparece como un discurso explícito en sus libros, sino como una forma de observar a sus personajes y de concederles una profundidad que durante mucho tiempo estuvo ausente de ciertas narrativas.

Más que escribir manifiestos, Elma parece interesada en escuchar aquello que suele permanecer fuera del foco. Hay una atención constante hacia los gestos mínimos, hacia los silencios y hacia las historias que rara vez ocupan el centro de la escena. Cuando habla de lo pequeño no lo hace como una cuestión estética, sino política. Allí, en aquello que parece insignificante, encuentra una manera distinta de entender la literatura y de cuestionar las jerarquías tradicionales del relato.

Esa mirada atraviesa también uno de sus proyectos más entrañables: Habitaciones Propias, una comunidad virtual donde mujeres de distintos lugares del mundo comparten los espacios desde los que crean. Más que mostrar escritorios o bibliotecas, el proyecto termina revelando algo más íntimo: cada habitación es una geografía emocional donde la escritura encuentra refugio. Es otra forma de construir comunidad, de tender puentes entre voces que muchas veces escriben en soledad.

Durante la entrevista conversamos también sobre *Donde termina el verano*, la novela con la que obtuvo el *Premio Biblioteca Breve 2026*. Después de una sólida trayectoria como cuentista, enfrentarse a una narración de largo aliento supuso descubrir una nueva manera de habitar la escritura. El resultado es una novela que conserva la precisión de quien domina el cuento, pero se permite explorar con mayor profundidad el tiempo, la memoria y los vínculos. Ambientada en la frontera mexicana durante los años noventa, la historia sigue a dos niñas cuya amistad se convierte en un refugio frente a un entorno atravesado por la violencia, el miedo y la incertidumbre. Sin perder de vista la dureza del contexto, la novela encuentra espacio para la complicidad, la música, el humor y esa capacidad que tiene la infancia para construir pequeños universos incluso cuando el mundo parece resquebrajarse.

Quizá por eso la obra dialoga tan bien con el espíritu de esta edición dedicada al agua. No porque el agua aparezca como un elemento central del argumento, sino porque comparte con ella una cualidad esencial: la memoria. Así como el agua conserva las huellas de los territorios que atraviesa, los personajes de Elma llevan consigo las marcas del lugar donde crecieron. Ninguno logra desprenderse por completo de ese origen, aunque aprendan a mirarlo desde nuevas perspectivas.

Al despedirnos quedó la impresión de haber conversado con una autora que entiende la literatura como un acto de observación antes que de exhibición. En tiempos donde la velocidad parece imponerse sobre la contemplación, su obra reivindica la paciencia de quien sabe detenerse frente a aquello que otros pasan por alto. Escribir, parece decirnos, consiste en aprender a mirar hasta que lo cotidiano revele toda la profundidad que escondía.

Y acaso esa sea una de las formas más bellas que tiene el agua de enseñarnos a leer el mundo: no imponiendo su fuerza, sino encontrando, con persistencia y delicadeza, el cauce que siempre estuvo allí.

LUNA

@lunaqueescribe





ESTANCADA

Daniela Romero Pineda

Dicen que Narciso murió enamorado de su propio reflejo. Yo nunca pude creer esa versión. El agua siempre me ha parecido demasiado viva como para limitarse a devolver una imagen tan exacta de los demonios que sonríen en nuestro interior. Basta mirar un poco más, y ningún rostro permanece completo sobre el agua el tiempo suficiente como para ser amado.

Ese estanque siempre me hace pensar en lo mismo. No hay nadie a mi alrededor, vengo aquí cuando la vida de los demás está muy ocupada como para detenerse y respirar. Los árboles inclinan sus ramas saludando a la tierra y a las hojas secas que extrañan la copa de los robles que las sostenían.

Rodeo el estanque observando cada movimiento dentro de sus aguas. Camino al costado de sus orillas como si mis pasos dependieran de una cuerda floja, ese pequeño charco, cada vez que lo miro de cerca, pareciera ser una laguna que se extiende sobre planicies que no conocen la palabra fin. Su profundidad me absorbe. Siempre me acerco por curiosidad, para ver qué clase de rostro sale a flote, a veces aparece uno que extiende sonrisas tristes y signos de una aprobación disentida. Otras veces, el agua refleja en mi mirada unos ojos que se les olvidó observar, telescopios que ya dejaron esa mala costumbre de maravillarse por cualquier astro que encuentran en el cielo.

Solo estoy acostumbrada a reconocermi en fotografías familiares donde se disimula la compostura, en las ventanas de la casa que muestran todo lo que se ha perdido. Imágenes que parecen hablar de alguien con un corazón mecánico, hecho de engranajes y no de fibras que se puedan morder.

En este punto, siempre recuerdo a Narciso. Me pregunto cuánto tiempo habrá permanecido allí antes de que alguien decidiera contar su historia. Será que alguna vez alguien contará la mía. Tal vez fueron días enteros observando cómo el agua insistía en deshacer el contorno de su rostro, mientras las ondas del estanque nadaban entre sus oídos susurrando lo que estaba debajo de su propia imagen. La belleza cansa muy rápido cuando no se le cuestiona, ese trabajo de admirar cualquier cosa por tanto tiempo es un oficio desgastante.

Es tan solo inclinarme a observar y mi imagen aparece y desaparece casi al mismo tiempo. Basta que un insecto roce la superficie para que mi frente se abra en círculos, mis ojos descendan hacia el cuello y mi boca deje de parecer el típico artefacto con el que me suelo mentir constantemente. El agua descompone el mundo con una delicadeza que ningún pensamiento alcanza... la posibilidad infinita de todas las imágenes que todavía no han nacido para volver a morir.

Supongo que Narciso descubrió su propia fragilidad y la capacidad que esta tiene para hundir cualquier certeza. No hay nada más miserable que verse reflejado en un “hubiera”. Hay una diferencia enorme entre verse para satisfacer las expectativas de los demás y descubrir que uno nunca termina de aparecer en lo que uno creía conocer. Siento que me conozco gracias a la mirada de otra gente y las opiniones que tienen sobre mí. Como un pez siendo consciente de su existencia solo cuando los dientes de un tiburón lo atraviesan.

“Ser demasiado conocido es la peor de las cárceles”...

“Su reflejo lo vació a sí mismo en el nacimiento y en la desaparición de su propia imagen una y otra vez”. Fue lo que escuché entre palabras difusas por parte de dos hombres que caminaban a unos metros de mí, antes de llegar acá al estanque. Esa primera afirmación la sentí incomoda, es como si te dijeran que llevas toda la vida caminando hacia el lado equivocado. Y lo último que escuché fue una interpretación de un mito desgastado de originar tantos significados. Cómo son capaces de explicar algo que ni siquiera comprendía el propio protagonista. Pobre Narciso.

Nadie dedica la vida a lo que ya entiende; no es difícil suponer que Narciso jamás terminó de conocerse por completo. Es más fácil vivir con fragmentos de la incompletitud de otros para que parezca más verdadero ese Yo que la propia incertidumbre.

Quién es la que verdaderamente está detrás de esas labores de cocina, ropa y mercados. No, qué tonta, ni siquiera tengo evidencias de mí misma como para poder decirle al mundo que existo. Y el agua continúa moviéndose como si lo que está en su superficie no pudiera purificarme. Es más fácil estar en el mundo que Ser en él. Ya no hay nada que me pueda mostrar el agua que no pueda estar quieto e inamovible en el espejo.

Lo lamento mucho Narciso, es hora de irme, ya no queda ningún reflejo que contemplar.

DANIELA ROMERO PINEDA
@nani_rp_333



PALMAR

El día sonrío y la noche titila
la red y los peces escépticos miran
la barca descansa sobre un espejo
y un cambio de turno diviso a lo lejos.

Salitre que empaña mis claras ventanas
concede a mi alma tocar la mañana
abrázame como se abrazan los mares
que no tienen miedo a decirse verdades.

Tu huella se esculpe eterna en la arena
no es fiesta no es misa no es risa ni pena
es el despertar de un valiente horizonte
que aun siendo del sur resucita en el norte.

Frugal el desmedro de un tenue marino
que muta hacia el verde que muerde el destino
me duelen tus piedras me cubren tus canas
me viste tu espuma me ganan tus ganas.

Caricias traslúcidas caen de tu orilla
te amo en mayúsculas y entre comillas
me encallas, me anclas, me crecen raíces
báñame, ámame siempre, qué dices.

ELEFANTE



LA ÚLTIMA GOTA

Salva J. Luzzy

Vivo cerca del río Ozama y todavía no he conseguido entender una cosa.

Después de varios días de lluvia cambia completamente de carácter. El agua baja espesa, marrón, cargada de ramas, troncos, neumáticos y todo aquello que encuentra a su paso. Se sale de su cauce, destroza cañadas e invade caminos y recuerda, a base de golpes, que también sabe destruir. Sin embargo, basta una semana de sol para volver a encontrarlo allí, avanzando con una calma antigua, casi indiferente, como si nunca hubiera ocurrido nada.

Siempre que lo observo tengo la misma sensación.

El río no parece pedir perdón por haberse desbordado. Tampoco presume de su fuerza. Simplemente sigue.

En eso se parece bastante a otros ríos que conozco. En mi tierra, el Turia, suele hacer de las suyas de vez en cuando. Recientemente lo vivimos y nos acordamos de aquello de que en mi país la lluvia no sabe caer. El Turia y el Ozama comparten ese carácter. Pero no son el Sena, tan señorial, majestuoso y tranquilo, ni el Danubio, con su alma de artista, inspirador de valeses y refugio de emperadores. Supongo que hay ríos y ríos, que todos tienen un temperamento calmado pero que no reaccionan igual ante las adversidades.

Y sospecho que, detrás de esto, hay una lección que los seres humanos llevamos demasiado tiempo empeñados en ignorar.

Durante gran parte de mi vida pensé que la fortaleza consistía precisamente en eso: en aguantar. En contenerse. En soportar el peso de las cosas sin hacer demasiado ruido. Nos educan para seguir adelante, para resistir el puñetazo, para no molestar demasiado a los demás con nuestras heridas. Aguantar se convierte casi en una obligación moral. Fluir, en cambio, parece una forma elegante de rendirse.

Pero el agua nunca ha entendido así la fuerza.

Quizá por eso siempre ha sido una de nuestras grandes metáforas. La vida surgió en

ella. Pasamos nuestros primeros meses flotando en el interior del cuerpo de nuestra madre y, cuando nacemos, seguimos llevándola con nosotros. Somos agua en una proporción que impresiona cuando alguien la convierte en cifra, pero basta vivir para comprenderlo sin necesidad de porcentajes. El sudor, las lágrimas, la sangre, la saliva o la orina nos recuerdan continuamente que nunca terminamos de abandonar aquel océano primigenio. Solo cambiamos de recipiente.

Hace años, un psicólogo húngaro de apellido casi imposible, Mihály Csíkszentmihályi, decidió poner nombre a una sensación que todos hemos experimentado alguna vez. La llamó flow, flujo. Es ese momento extraño en el que dejamos de luchar contra lo que estamos haciendo y todo empieza a encontrar su ritmo. El tiempo parece aflojar la marcha, la atención deja de fragmentarse y, por un instante, desaparece esa vocecilla interior que se empeña en juzgarlo todo.

Siempre me ha gustado esa idea porque no habla de controlar la corriente, sino de aprender a formar parte de ella.

Vivimos, sin embargo, en una época empeñada en hacer justo lo contrario. Queremos dominar el tiempo, controlar las emociones, planificar el futuro, optimizar cada minuto y convertir la incertidumbre en una hoja de cálculo. Hemos confundido vivir con gestionar. Y, mientras tanto, olvidamos que las mejores cosas que nos ocurren —el amor, la amistad, la creatividad, incluso el duelo— casi nunca obedecen a nuestros planes ni a patrones algorítmicos.

Bruce Lee decía que había que ser agua. La frase ha acabado estampada en camisetas, tazas y publicaciones de LinkedIn acompañadas de una fotografía mirando al horizonte. Pero Bruce Lee no estaba hablando de docilidad. El agua se adapta al recipiente que la contiene, sí. También atraviesa montañas, desgasta la piedra y termina rompiendo la presa cuando ya no encuentra otro camino. Su fuerza no nace de la rigidez, sino de una paciencia que nosotros hace tiempo perdimos.

Tal vez por eso no hay nada más poderoso que una gota de agua. Parece insignificante cuando cae por primera vez. También por segunda. Y por tercera. Pero la roca termina comprendiendo algo que nosotros olvidamos con demasiada frecuencia: no siempre vence quien golpea más fuerte, sino quien nunca deja de fluir.

Algo parecido ocurre con esa modernidad líquida de la que hablaba Zygmunt Bauman.

Durante años entendimos su metáfora como un diagnóstico pesimista: relaciones frágiles, trabajos provisionales, identidades cambiantes. Y probablemente tenía razón, visto lo visto.

Pero cada vez sospecho más que el problema no es que todo se haya vuelto líquido, sino que hayamos olvidado cómo se comporta el agua. Un río nunca deja de ser río porque cambie de cauce. Los océanos tampoco son superficiales por estar siempre en movimiento; al contrario, guardan la mayor reserva de vida del planeta. Y cualquier marinero sabe que el mar puede parecer una balsa una mañana y convertirse en un enemigo al caer la tarde. El agua nunca confunde la calma con la inmovilidad. Nosotros sí.

Quizá por eso acabamos estancándonos. Dejamos de fluir, levantamos diques por todas partes y, casi sin darnos cuenta, pasamos de río a charco. No porque la vida nos haya vencido, sino porque llevamos demasiado tiempo intentando contener una corriente que solo sabe hacer una cosa: seguir su camino.

Acumulamos preocupaciones, silencios, enfados, decepciones y pequeñas renunciaciones con una disciplina admirable. Aprendemos muy pronto a tragarnos las lágrimas, a responder que estamos bien aunque no lo estemos y a seguir funcionando como si nada hubiera pasado. Hasta de niños nos enseñan a contenernos. En los viajes, por ejemplo, nuestros padres siempre terminan pronunciando la misma frase: "Aguántate un poco más". Como si el cuerpo entendiera de horarios. Como si una catarata pudiera detenerse solo porque alguien se lo pide.

Mi abuela, una mujer iletrada y sabia a la vez, que entendía mucho más de la vida de lo que ella misma imaginaba, repetía una frase que de niño me parecía absurda.

Decía que una sola gota era más poderosa que un vaso entero.

Tardé muchos años en comprenderla.

Un vaso puede permanecer lleno durante horas sin que ocurra nada. Pero basta una última gota para que el agua empiece a derramarse. Solemos culpar a esa gota, como si fuera la responsable del desastre. Sin embargo, nunca fue ella. El problema era toda el agua que llevaba demasiado tiempo buscando una salida.

Quizá por eso vuelvo de vez en cuando al Ozama, como volvía al Turia cuando estaba en mi tierra. No porque espere encontrar respuestas. Los ríos nunca responden preguntas. Se limitan a seguir su camino mientras nosotros intentamos comprender el nuestro.

Vuelvo para no olvidarlo.

Hace unos días el agua volvía a bajar tranquila. Pensé en todo lo que había arrastrado apenas unas semanas antes y entendí que la calma no consiste en no desbordarse nunca.

Tal vez consista en recordar, antes de que llegue la última gota, que también nosotros estamos hechos de agua.

SALVA J. LUZZY
@s.j.luzzy



LÁGRIMAS DE DOLOR

Cuando la voz se quiebra ante el dolor

A veces las palabras no alcanzan para descifrar el sentimiento que cala tan hondo en mi corazón ante ese dolor tan profundo que provoca un gran error.

Como esa opresión en el pecho que muchas veces no pude explicar Y que tampoco pude contener como esa lluvia tan intensa que se desata en mi interior.

Y es tanta la frustración que se ahoga mi mente y mi corazón, devastándome, desanimándome ante semejante traición.

Porque cuando las palabras no alcanzan no sólo recorro a mi refugio de amor.

Porque como digo siempre necesitamos de un amor...

porque NADIE SE SALVA SOLO.

NANCY NOCELLI
@nancy.laescritora



AGUA

Iñaki Sainz de Murieta

Escucha, grita, corre, lee, envía, no pares, pero, sobre todo, no lo apagues. La sociedad actual nos exige fluir como el agua para adaptarnos a las circunstancias del momento, que son muchas, pero que, al mismo tiempo, se muestran escasamente permeables a nuestras necesidades personales. Debemos saciar las oscuras grietas del sistema a costa de lo que sea preciso, sin importar nada más que el propósito final. Eso nos demandan. Así es que terminamos apaleados, tronchados y exprimidos hasta no ser más que una amalgama de sueños rotos en unos cuerpos desvencijados. Quizá por eso prefieren incinerarnos, en vez de meternos en un ataúd y mostrar a nuestros familiares y amigos lo que queda de nosotros. Las cenizas casi no molestan y suelen terminar en el sumidero, o entre las raíces de un árbol especialmente querido, para que el agua nos convierta de nuevo en barro.

Nos adaptamos y nos reiniciamos constantemente, sí, pero ese eterno fluir nos tiene a la deriva en un mar embravecido. Muchos perecen abandonados a su suerte y pocos parecen estar a salvo. Generalmente, nuestros soportes son tan frágiles y escasos como un barquito hecho con una cáscara de nuez, que sirve para entretener a los niños en un bidé, pero hace aguas fuera de un ambiente controlado. Perdidos en la inmensidad de la existencia, ni siquiera sabemos si los flashes en la distancia son los faros que han de guiarnos o las luces de emergencia de quienes están a punto de ahogarse. Navegamos a ciegas porque así nos han educado, a sabiendas. Quieren que el miedo nos tenga atorados y que la rebeldía nos dure un suspiro. Si estamos agotados y alelados, somos más propensos a la manipulación. Las casualidades no existen cuando la muestra se desvía tanto de la media.

Más nos vale aprender a nadar, puesto que lo que hicimos hace diez años de poco nos vale hoy y lo que hacíamos hace veinte es contrario a la nueva moralidad. Nos tienen sumidos en una contradicción perpetua con nosotros mismos a varios niveles y solapadamente. Así es más difícil encontrar culpables y se difumina la culpa. Al mismo tiempo, el arte, la cultura y las propias relaciones se han vuelto efímeras, desdibujando los mimbres que nos sostienen y en los que nos reconocemos. Por si fuera poco, las actuales corrientes culturales antisistema parecen converger hacia un fenómeno mainstream que se parece demasiado a un experimento de ingeniería social, facilitado y auspiciado por los medios de comunicación de masas.

Hace mucho que dejamos atrás la inocencia de quien ansia la sabiduría para convertirnos en sapientes depredadores. Por ello invertimos millones en propaganda, pero muy poco en cuidar lo que verdaderamente importa. Es más fácil fingir que hacer. Por eso la mentira es el pan nuestro de cada día. Ni siquiera somos capaces de amar incondicionalmente, porque nos han insistido en dudar de todo lo que consideramos sagrado. Por eso estamos y morimos solos.

Ahora que te duele el alma y que estás jurando obrar algo bello, recuerda que no lloramos sangre, sino agua. Sin ella no somos nada.

IÑAKI SAINZ DE MURIETA
@imurieta
www.sainzdemurieta.com



MI LAGUNA

El viento te provoca
entonces aumentás el oleaje
algo aparece en la superficie espumosa
eso me recuerda al mar.
Eres atrevida y me provocás,
decido tomarnos una fotografía.
Quiero dejar este instante
en la memoria del celular
un poco más que guardarte
solo en mi memoria.
Nos quitan la privacidad.
Se mueven con sus tablas,
el paisaje se llena de colores
ellos confrontan con vos
y con el viento a favor
eligen este lado de la laguna.
Otros acomodan sus equipos livianos de pesca
encarnan, con precisión la boya se hunde
y se quedan esperando.
Estoy segura de que nos disfrutamos más
cuando hay poca gente.
Estoy segura de que esos son los mejores momentos.
Sé que del lado norte cambiás el paisaje
me regalás esos atardeceres que fascinan
cuando el astro sol se recuesta entre las mieses.
Tu nombre deriva de la lengua de los pueblos originarios
“entre las aguas saladas”
coloquialmente laguna de Chascomús.

GRACIELA CIGNACCO
@gracecignacco



PLANETA AGUA

Eloy Conde

***La bruma acuosa del río que te besa,
en la profundidad de tus dedos,
enciende la magia del agua que encierra tu cuerpo.***

No solo somos agua, sino que somos el reflejo claro que vemos en ella. La vida se nos va por los cauces de los ríos y nos lleva de vuelta al mar, navegamos por las mareas, buceamos en las aguas saladas, algunos anhelamos ser más peces que humanos, al igual que aves en el cielo. Inconformistas, como siempre, nos puede el deseo de una vida plena, de lo imposible, de vivir aquello para lo que no nacimos. Y quizás por ello se inventó la poesía o la propia literatura en sí. Para poder vivir todo aquello que no alcanzamos a vivir por nuestra propia condición humana.

***Volvamos a enterrar las manos,
en busca de rozar las semillas.
Dejémonos las raíces largas,
sin cortar.
Volvamos a ser tierra y agua.
Dejémonos querer un poco más.***

Grandes pensadores y poetas han tratado el agua como un elemento imprescindible para poder explicar nuestros sentimientos, nuestros caminos y miedos.

María Zambrano, filósofa, intelectual y ensayista española, investigaba el agua como un material fundacional en la literatura, un enlace de unión que nos permitía explorar desde el misticismo de la vida, los cambios, nuestras pesadillas.

Un ejemplo de su poder se encuentra en su escrito “El agua ensimismada”, donde vemos la transformación de los elementos, la propia identidad humana en el reflejo sobre un espejo vacío y la duda existencial. El agua en este escrito funciona como el gran conector de todo.

EL AGUA ENSIMISMADA

*¿piensa o sueña?
El árbol que se inclina buscando sus raíces,
el horizonte,
ese fuego intocado,
¿se piensan o se sueñan?
El mármol fue ave alguna vez;
el oro, llama;
el cristal, aire o lágrima.
¿Lloran su perdido aliento?
¿Acaso son memoria de sí mismos
y detenidos se contemplan ya para siempre?
Si tú te miras, ¿qué queda?*

Reiteremos que somos agua y sin ella no somos nada, literalmente morimos. No solo es su valor literario, sino su propio valor como fuente de riqueza y necesidad para la propia vida. El escritor uruguayo **Mario Benedetti** lo sabía bien, y la nombraba de esta manera "... toda el agua del mundo es una abuela, que nos cuenta naufragios y fragatas, que nos moja la sed y da permiso para seguir viviendo otro semestre."

Pero precisamente hablando de su riqueza, Benedetti nos regalaba esta sátira social llamada "Aguas" donde ponía su valor al alza.

AGUAS

*Dicen que el agua será imprescindible
mucho más necesaria que el petróleo
los imperios de siempre por lo tanto
nos robarán el agua a borbotones
los regalos de bodas serán grifos
agua darán los lauros de poesía
el nobel brindará una catarata
y en la bolsa cotizarán las lluvias
los jubilados cobrarán goteras
los millonarios dueños del diluvio
venderán lágrimas al por mayor
un capital se medirá por litros
cada empresa tendrá su remolino
su laguna prohibida a los foráneos
su museo de lodos prestigiosos
sus postales de nieve y de rocío
y nosotros los pálidos sedientos
con la lengua reseca brindaremos
con el agua on the rocks.*

A mí, personalmente me gusta su imagen poética, aquellos versos que desgarran un poquito más el alma desquebrajada de algunos poetas y lectores cuando nos enfrentamos a la desesperación en un poema. La poeta argentina **Alfonsina Storni** es un claro ejemplo de lo que quiero transmitir con estas líneas. En este poema sentiréis el anhelo espiritual, la desesperación y la búsqueda de renovación interior.

¡AGUA!

*¡Agua, agua, agua!
Eso voy gritando por calles y plazas.
¡Agua, agua, agua!
No quiero beberla,
No quiero tomarla,
No es la boca mía la que pide agua.
El alma de seca, de seca,
Se rasga.
Por eso me lanzo por calles y plazas
Pidiendo a destajo:
¡Agua, agua, agua!
Abridme las venas,
Vertedles la clara corriente de un río.
¡Agua, agua, agua!*

Recordemos donde vivimos, que como decía la poeta española **Gloria Fuertes**, nuestro mundo debería llamarse "planeta agua" debido a su inmensa abundancia marina y a todos sus contrastes. Gloria, jamás te olvidaremos, al igual que jamás olvidaremos cual es nuestro hogar.

EL PLANETA TIERRA

*El planeta tierra
Debería llamarse planeta agua.
En la tierra hay más agua que cuerpo,
en el cuerpo hay más cuerpo que alma,
en la tierra hay más peces que aves,
en las aves más pluma que alas.
En el verso hay más sangre que tinta,
en la tinta hay más sombra que nada,
en la nada hay más algo que alga
y ese algo se mueve y reluce
y nace la palabra.*

Sed.**Dedos arrugados.****Mitad lleno o mitad vacío, de ti.**

Somos entre un 50-70% de agua, si a eso le añadimos todos los aderezos poéticos relacionados con el agua que lleva nuestro espíritu poeta, podríamos asumir desde este momento que somos más agua que cualquier otra cosa que nos pueda componer. Por tanto, debo entender mi propio cuerpo como un ser acuoso que algún día se secará y mientras tanto solo debe mantenerse húmedo, entre peces, amigos, familia, amores, música, libros y todo aquello que me pueda regalar un poco de humedad, hasta el día en el que regrese a la tierra seca.

Todos los caminos me llevan al mar.***Quizás hay algo que deba de aprender de ello.******Quizás deba bañarme en las aguas mansas,
hacerme viejo entre la arena caliente y la sal.***

Versos en negrita por:

ELOY CONDE

@recitariopoetico



DEJARTE LLEVAR

La única forma de salvarte de una corriente más fuerte que tú,
no es nadar en contra,
es dejar de bracear,
solo mantenerte a flote,
pero dejarte llevar.
El agua arde con su propio poder,
y en cada ola hay un suspiro
que te arrastra,
te envuelve en su abrazo imparable.
Pelear contra ella solo te desgasta,
te roba el aliento,
te lleva a perderte en el intento.
Es en la rendición donde encuentras la libertad,
en soltar el miedo,
en dejar que la corriente te transforme.
No es resistir,
no es luchar,
es fluir con lo que llega,
es confiar en el curso que te lleva
sin saber a dónde vas.
Y allí, en el vaivén del agua,
te redescubres,
más fuerte de lo que creías,
más libre de lo que imaginabas.
Dejarte llevar es aprender
a flotar en tu propio caos,
es aceptar el misterio de ser.

LUNA

@lunaqueescribe



LA ESCAPADA

Leonel Flores

Los árboles dejaban caer sus ramas y la maleza se ensanchaba por doquier. Las piernas y los brazos me empezaron a picar. Tuvimos que abrirnos paso a patadas.

En la fila de chicos yo iba de último, cargando una mochila repleta de cosas un tanto inútiles: una linterna, dos latas de sardinas, chocolates Toblerone, un cuchillo largo, dos trozos de madera, ropa, dos salvavidas, una lámpara de querosén, papel para el baño y otras cosas que los muchachos metieron ahí por si se hacía de noche.

Nos escapamos de la clase de Matemática, justo a las diez. La profe Mercedes ya era muy mayor, hablaba muy despacio y estaba casi sorda. La idea fue de Smith la mañana anterior, que, mientras la proponía, se daba golpes en el pecho como si fuera una batería.

—Esa clase es aburrida. Vamos a la montaña del sur; dicen que allá podemos pescar y hasta echarnos un chapuzón. Merceditas nos va a aburrir otra vez. Un día que nos escapemos no pasa nada —dijo.

Todos asintieron. Yo me quedé en silencio. Si mi mamá me descubría, me iba a moler a palos.

Llegué a mi casa por la tarde, rebusqué mi salvavidas con forma de dona en cada rincón de la casa y no apareció. Entonces tomé el de mi hermana. Era igual al mío, solo que tenía una cabeza de tortuga. Me avergonzaba un poco, pero era mejor que ahogarme.

También tomé un par de chocolates de la alacena y un encendedor, por si hacíamos una fogata.

El barro del camino inundaba mis pies; cada paso era como pisar goma de mascar. Nos paramos en un pequeño terreno que parecía seco. Nos juntamos en círculo, jadeando y sin decir palabra.

Enmanuel, con esa sonrisa impuesta en la cara, nos advirtió que había traído algo. De su bolsillo sacó una cajetilla de cigarrillos Belmont. Los reconocí de inmediato por esa franja azul en forma de ola. Son los que mi papá fuma.

Enmanuel encendió uno y le dio una calada como un gánster en cualquier esquina. Lo miramos sorprendidos. Después, le pasó el cigarrillo a Smith, que fumó y echó el humo por la nariz.

Los demás no sabíamos fumar. Ellos nos dieron una clase exprés y después nos pasaron un cigarrillo a cada uno. Yo encendí el mío con miedo, pensando en llegar a casa y que el olor me delatara. El humo insolente me hizo toser apenas entró en mi boca.

Smith y Enmanuel rieron a carcajadas, asegurando que me faltaba calle. Omar y Fredy ni siquiera se atrevieron a encenderlo.

Tiempo después, llegamos a lo alto de la montaña. Debíamos bajar una pendiente hasta el río. A Fredy se le ocurrió que nos deslizáramos sentados en una hoja de plátano. No sé por qué obedecía todo lo que imponían, pero esta vez fue divertido. Bajamos a una velocidad asombrosa y, al final, todos caímos; el barro nos cubrió hasta la cabeza.

El agua cristalina bajaba con cierta pasividad. Algunas rocas sobresalían del agua como supervivientes y el sol se reflejaba en ella.

Todos corrieron hasta el río, quitándose la ropa por el camino. Yo me detuve, abrí el bolso y empecé a inflar el salvavidas con la boca. Lo primero que empezó a tomar forma fue la cabeza de la tortuga, con sus grandes ojos blancos y su sonrisa amigable.

Tomaba aire y volvía a inflar. Me dolían los cachetes. A lo lejos oía las risas burlonas de mis compañeros, que se lanzaban de clavado al agua. Smith vino por mí y me ayudó a inflarlo. Aparecieron las patitas verdes y cortas de la tortuga, y la circunferencia empezó a tomar forma.

Por fin terminamos.

Ahora me tocaba quitarme la ropa. Sentía vergüenza, pero ¿qué más daba? Me adentré en el agua con el salvavidas en la cintura. Estaba fría. La corriente era constante, igual que las burlas.

Me relajé, desoí el ruido y me dejé llevar por la corriente, entre las piedras, hasta una cascada.

Caí.

LEONEL FLORES
@una_pulgada_de_cuentos



VOLVER AL AGUA

Cristina Carrizo Altuzarra

Cuando me siento perdida, vuelvo al agua. Ella sabe el camino de vuelta. Allí todo pesa un poco menos.

Aunque crecí lejos del mar, verano tras verano regresábamos al mismo rincón de la costa catalana. Allí aprendí a nadar, a hacer castillos de arena, a pasar horas mirando un horizonte que presumía de ser inalcanzable.

Cuando pienso en casa, no siempre imagino cuatro paredes. Mis recuerdos se tiñen de azul, mi piel vuelve a tener sabor a sal y mi pelo recupera las ondas del mar y el color de la arena.

Siempre he pensado que el mar tiene memoria y quizá por eso me recibe como si nunca me hubiera ido.

Me gusta tirarme de cabeza intentando un salto perfecto, como si alguien estuviera puntuándolo. Hay un instante, justo antes de romper la superficie, en el que todo se detiene.

Después llega el silencio. El agua amortigua el mundo. Y, cuando vuelvo a salir, dejo atrás lo que pesa, lo que araña.

Me gusta flotar con los ojos cerrados. Que sea la corriente quien decida durante unos minutos mi destino y el agua la que sostenga mi cuerpo. Me gusta quedarme suspendida entre el cielo y el mar.

Y luego está la lluvia. Las tormentas eléctricas de verano. Los truenos y ese cielo que parece anunciar el fin del mundo mientras observas desde la ventana sabiendo que todo irá bien. Salir de casa sin paraguas. Calarme la ropa. Oler la tierra mojada. Dejar que el agua lo empape todo.

Quizá por eso también me gustan tanto las duchas infinitas, bajo el chorro de agua caliente. No sé cuántas ideas han nacido entre gotas, peinando mis pensamientos, arrastrando lo que sobra y dejando espacio para empezar de nuevo.

El agua lo limpia todo. Igual que la lluvia, el mar o una ducha después de un día difícil. Así que, cuando la vida acelera el pulso, me zambullo y pongo el cronómetro a cero.

Porque, en los márgenes del agua, siempre me encuentro.



AGUA

Quiero saciarme de ti
pero me vences intentando llegar a alguna de tus islas.

En la tierra
eres un Dios con poderes insustituibles,
lideras con tu infinita fuerza
llenas hasta inundar de ti.

Salpicas
calas,
mojas.

En ti me hundo y también tengo la capacidad de flotar.

Te quiero caliente
pero en pleno deseo te necesito bien fría.

Eres el elemento que más (nos) ocupa en superficie
te confieso que ... ¡a veces das tanto miedo!

Limpias hasta lo más sucio de alguien,
contigo me he restregado tan fuerte
he dejado correr tanta agua sobre un hecho,
que me he dejado ir contigo las entrañas
arrancaste a alguien de dentro de la piel
su olor
su saliva
mi rabia.
Y no hablo de física
hablo de la química
la tras alquimia de dos cuerpos que no han llegado a fusionarse.

Eres vida y vida de vidas.

Tú todo lo mezclas,
lo diluyes,
lo transformas hasta el punto de transparentarlo.
Porque si algo haces,
es hacer las cosas tuyas.

Del cielo nos llueves
en ti hice pie,
me revolqué con la fuerza de una ola,
salté sobre piedras por no rozarte.
He entrado en ti de mil formas distintas
de pie,
en tirabuzón,
en plancha,
desde un trampolín,
una orilla
desde un flotador, una lancha, un barco velero
tambien me han empujado a ti
te he buceado
pero confieso que... cuando eres de mar necesito hacer pie.

Eres una invitación imposible,
un lugar húmedo,
huelas a limpio
no sabes
y nadie puede contenerte sin encerrarte.

Te usé de testigo
ocultaste las pruebas.

SARA Y PUNTO
@sara_y_punto_



**"Ponyo, Ponyo, Ponyo, sakana no ko, aoï umi kara yatte kita
Ponyo, Ponyo, Ponyo, fukuranda, mammaru onaka no onna no ko"**

Hola, una vez más en esta esquina de Micromundos, sumergido en nuestro tema central hasta el cuello. Agua. Nuestro primer entorno. Flotamos nueve meses y cruzamos el umbral hasta aquí. El físico estadounidense Michio Kaku suele recordar que, cuando buscamos vida en el universo, primero buscamos agua. Tal vez no sea casualidad que también sea el elemento al que el cine vuelve una y otra vez cuando quiere hablarnos del origen, la transformación o el renacimiento.

Mi proceso investigativo para escribir **Suspensión de Incredulidad** cada vez es más exigido y ecléctico. En esta ocasión vi: *The Shape of Water*, *Mad Max: Fury Road*, *Be Water* (el documental de Bruce Lee, quien proponía ser agua: adaptarse sin perder la esencia), *Remarkably Bright Creatures*, *Secrets of the Octopus*, *Waterworld*, *Flow* y la que terminó siendo el eje de esta columna: *Ponyo* (2008).

Es un anime de *Studio Ghibli* que reinterpreta *La Sirenita* de Hans Christian Andersen. El agua acompaña la pureza e inocencia del amor infantil: primero lo bautiza, luego lo amenaza y finalmente lo bendice. Tiene personajes entrañables: un padre sobreprotector, una majestuosa y compasiva diosa del mar y una madre que mantiene su pequeña familia a flote con estructura y rutinas, entre otros. A pesar de estar cargada de fantasía, la producción aterriza en algunos temas muy humanos: cómo afecta el trabajo a la dinámica familiar, el paso del tiempo hacia la vejez (¿con un guiño a *Cocoon*, quizás?) y la solidaridad en medio del desastre. Su magistral banda sonora estuvo a cargo de Joe Hisaishi, colaborador habitual de Hayao Miyazaki.

Como mencioné al principio, en el cine y las series el agua representa inicio o cambio, pero también adopta otros roles: escenario, umbral, recurso escaso, generador de conflicto, poder destructivo, contenedor de duelo y hasta un personaje más.

Lo que me lleva a mencionarles *Flow*. Ganadora del Óscar a Mejor Película Animada en 2025, presenta un mundo sin humanos inundado repentinamente. No es difícil encontrar ecos del diluvio y del arca de Noé, pero el simbolismo no se queda ahí. Es una historia contada sin más sonidos que los del entorno y los de los animales que la protagonizan, un viaje contemplativo que, si transitas con atención, moverá en ti más que un tsunami.

Agua. Nacemos al abandonarla. La necesitamos para sobrevivir. Nos separa y nos comunica. Puede destruirnos. Puede ser destino, camino, barrera y vehículo.

¿Qué parte de nosotros debe ahogarse para que otra pueda emerger?

ESTEBAN GIRÓN

@EstebanGiron



MEMORIAS DEL AGUA

Recuerdo
ciudades despiertas
y ciudades hundidas.
Mientras vosotros,
solo sus nombres.

Recuerdo
las huellas de dinosaurios
borrarse bajo mi lluvia.

He recorrido tu cuerpo
antes
de tu primer aliento.

Sentí el llanto
del primer niño.

Me llevé muros,
los cimientos
y calles de piedra.

Vi cómo tu cuerpo
se hizo polvo.

Muchos regresan a mí
sin prisa.

Del cielo caigo
y al cielo regreso
en mil comienzos.

Antes que vosotros
aprendierais a nombrar
el mundo, yo estaba aquí.

STEFANY TOYA
@poetryfeel8



EL AGUA DEL BENEFACTOR

Luna

Hay recuerdos que llegan con un olor: el café recién colado, la tierra mojada después de la lluvia, el cloro del agua que salía del grifo de la casa de mis abuelos.

Mi padre dice que el agua siempre estaba fría. Mi abuela decía que había que dejar correr un poco la llave antes de llenar la jarra porque la primera nunca era buena. Son recuerdos pequeños, domésticos, incapaces de aparecer en un libro de historia. Y, sin embargo, creo que cuentan mucho más de un país que cualquier discurso.

Mi abuelo vivía entre dos corrientes. Como coronel, pertenecía a ese grupo de familias para quienes abrir una llave era un gesto tan natural que nadie se detenía a pensarlo. El uniforme blanco siempre estaba impecable, las matas del patio nunca se secaban y el café de la mañana llegaba puntual, como si el agua obedeciera el mismo reloj que la disciplina militar.

Pero bastaba caminar unas pocas calles para descubrir otro país. Mujeres esperando junto a un pozo, niños cargando latas de metal, casas donde el agua llegaba tarde, cuando llegaba.

En la República Dominicana de aquellos años se inauguraban acueductos con bandas de música, discursos y fotógrafos. El régimen entendía muy bien que pocas cosas hablaban tanto de progreso como un grifo abierto. Las obras públicas aparecían en los periódicos como regalos personales del Benefactor, como si el agua naciera de su voluntad y no de los ríos. La modernidad tenía dueño, y ese dueño sonreía desde los retratos colgados en las oficinas, las escuelas y los cuarteles.

Mientras tanto, la fotografía terminaba donde terminaba el encuadre. Detrás quedaban los barrios donde todavía se caminaba kilómetros con un balde en la mano. Las tuberías no llegaban con la misma facilidad que los discursos. Mi abuelo nunca habló de eso, quizás porque sabía o quizás porque no podía. Quizás porque una de las primeras cosas que aprende un hombre bajo una dictadura es que hay verdades que sobreviven mejor cuando se guardan en silencio.

Pienso mucho en esa contradicción. El agua limpia, la propaganda también. Ambas son transparentes. Solo una permite ver el fondo.

Con los años comprendí que las dictaduras rara vez gobiernan únicamente con miedo. También gobiernan administrando la gratitud. Hacen una carretera y esperan lealtad. Construyen un puente y reclaman obediencia. Inauguran un acueducto y convierten un derecho en un favor. Poco a poco, el ciudadano deja de sentirse dueño de su país y empieza a sentirse deudor de quien lo gobierna.

Quizás esa sea una de las formas más silenciosas del poder. Convencerte de que debes agradecer aquello que siempre debió pertenecerte.

Hoy ya no esperamos al camión cisterna ni miramos el retrato de un dictador antes de abrir la llave. Sin embargo, me pregunto cuántas cosas seguimos confundiendo con privilegios cuando en realidad son derechos. Cuántas veces seguimos aplaudiendo lo que simplemente debería existir. Cuántas veces aceptamos que alguien nos entregue, con gesto generoso, un vaso de agua que ya era nuestro.

Entonces recuerdo al coronel.

Lo imagino sosteniendo una taza de café, mirando distraído por la ventana mientras un cardenal rojo se posa sobre una rama. Y pienso que el agua siempre encuentra su camino.

La libertad también.

Solo necesita que dejemos de construir represas alrededor de ella.

LUNA
@lunaqueescribe



SOBRE EL AGUA

Al Cristo del equipo y sus apóstoles que nos ilusionaron hasta el final por segunda vez, nadie nos puede decir nada, porque saben que la meritocracia no existe.

Agua, te pido agua para bancarme este mal trago, de la vida, de la lucha, de ese sin sabor que a costas sobrellevamos. Porque, ¿quién mejor que nosotros para correr detrás de una meta inalcanzable? ¿Quién mejor que nosotros para tomar ese mate amargo en la mañana del lunes con agua hervida con lavandina a falta de purificador?

¡Agua, tirame agua, te pido! ¿Que no ves el incendio? Cada ilusión se prende fuego en esa sola llegada del infortunio. No hizo falta repetir. Una vez alcanzó. Yo siento que Dios nos quería ver ahí saltando, festejando. Pero no. No se pudo. Y otro no se puede más al que siempre estamos acostumbrados. Que no hay plata, que no hay vacunas, que no hay forma... Sin embargo es mentira, porque para llegar a donde llegamos le buscamos la vuelta. Y claro, si a todo lo atamos con alambre. Si entre la miseria la subsistencia te transforma en Dalí. No hace falta ser MacGyver para entender que con una simple pelota de trapo le podemos dar la vuelta al mundo y a la villa...

¿Qué te vas a agrandar, si el corazón más grande lo tenemos nosotros? ¿Alguna vez viste millones de promesas para sostener un destino?

Mirá si seremos grandes que el Dibu tiene unas manos del tamaño de dos tiempos y casi todo el alargue. Mirá si seremos grandes que Paredes es de todo menos de cemento. Mirá si seremos grandes que las piernas de Lautaro, llegado el momento se estiran el doble. Mirá si seremos grandes que Montiel marcó todo y más. Mirá si seremos grandes que dimos vuelta un partido en doce minutos con tres goles. Mirá si seremos grandes que hasta lloró el hijo de Dios con nosotros.

Ese sacrificio no lo tiene nadie. Él estaba por irse y se quedó. Por nosotros, que al lado de él no somos nadie. Por nosotros, porque sabía que cuando se fue Dios la misión era suya.

La de caminar sobre el agua y hacer milagros.

A ese Cristo del fútbol yo lo celebro

A ese Cristo del fútbol yo lo venero

A ese Cristo del fútbol yo le agradezco

Gracias por dejar todo en el campo

Gracias por formar equipo

Gracias por la alegría en estos momentos

Gracias por el sacrificio

No quiero saber si es la última, porque con todo esto ya me alcanza

Gracias a Cristo y sus apóstoles... Enseñenme a caminar sobre el agua como ustedes.

MALENA RODRÍGUEZ MEILÁN

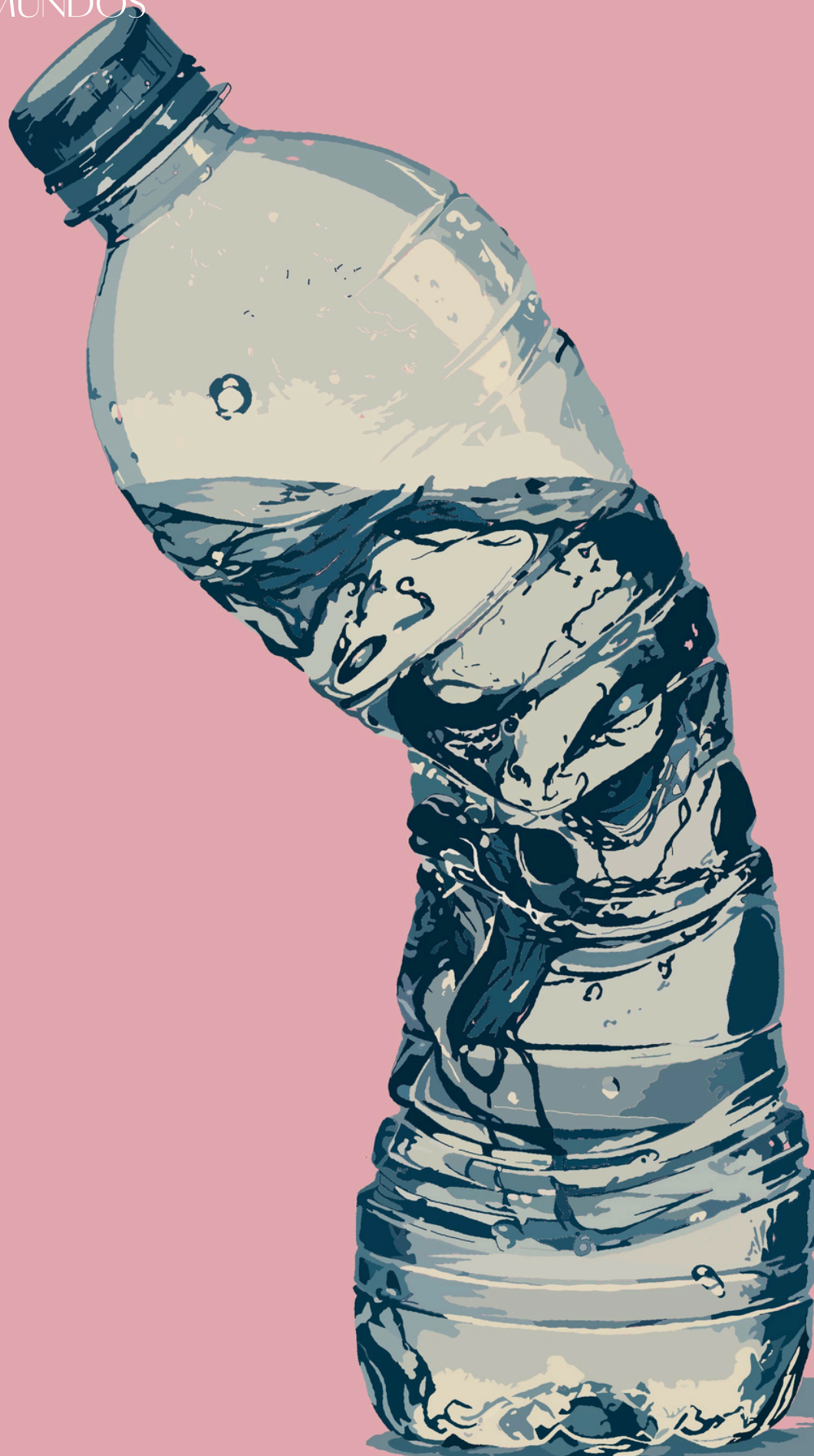
@meilanmalenaescritora



COMO EL NAUFRAGIO, A LA DERIVA

Los fluidos en este cuerpo cansado
doblegados por la ausencia de tu presencia,
se quedarán estáticos, como esperando.
Sin función de éxito, sin verbos ni adjetivos,
difícilmente acceda a repetir oraciones unimembres,
incoherentes, absurdas, impertinentes.
Queda poca resistencia, me vencerán.
Mover mi cuerpo
que recuerda tan poco cómo hacerlo.
Caminar surfeando apenas,
lidiando el ingreso inoportuno
a la locura.
Eso dicen en voz baja, me di cuenta,
aflora un poco menos de la mitad de ese líquido
que necesita mi cerebro / disfuncional por estos días.
Los pensamientos ya no surgen en cascada
a veces no sé quién llega en el horario de visita;
otras, no logro reconocerme,
saber quién soy, de dónde vengo.
Mi cuerpo supo tener el porcentaje ideal
de un líquido interior que humectaba,
que daba vitalidad, allá, de joven.
Hoy solo hay un poco de agua residual
insuficiente para barrer
los desperdicios que llevo conservando
en este cuerpo agrietado y seco
sin sed, sin hambre, sin sueño.
Encontré estas palabras en un viejo cuaderno.
La firma del último renglón me es familiar.
En letras rojas dice importante.
Mas faltan renglones y palabras
para entender el final / para llegar al final.

GRACIELA CIGNACCO
@gracecignacco



AGUA: FUENTE DE VIDA O DE MUERTE

—¿Sigo aquí? ¿De verdad debería estar escuchando tan claramente lo que dicen?

Aurélío cerró los ojos y dejó que aquellos acontecimientos invadieran su mente. Que su mujer se hubiera marchado con sus hijas era un recuerdo triste. Tras dos años de facturas impagadas, la nevera vacía y el alquiler atrasado, Amanda había dicho que ya no aguantaba más aquella situación. Sin tomar ninguna iniciativa para ayudarle, Amanda regresó a casa de sus padres, llevándose a las dos hijas de la pareja.

Días después, Aurélío estaba en el sofá de su casa, mirando fijamente la botella de vodka, ansioso por emborracharse. Estaba a punto de cruzar la línea de la tentación, impuesta por la adicción, cuando sonó el timbre y lo sacó de aquel trance.

Seguro de que se trataba de otro cobrador, Aurélío ignoró el segundo y el tercer toque del estridente timbre. Pero lo oyó.

—¡Aurélío Duarte Costa! Soy tu hermano y te traigo unas noticias estupendas.

Arqueando las cejas, Aurélío reflexionó durante apenas tres segundos. Después, se levantó del sofá desgastado, se acercó a la puerta, que tenía casi todos los cristales rotos, y dijo en voz alta:

—No tengo ningún hermano. Si ha sido un intento de hacerme abrir la puerta para recibir algún aviso de pago o citación, no ha funcionado.

—No es nada de eso, Aurélío. Tu madre se llamaba Aureliana. Tu padre, Antônio José. Te estás divorciando de Amanda, que ha amenazado con no dejar que tus hijas vuelvan aquí nunca más. No has asistido a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y...

Murilo se calló al oír el ruido que hacía Aurélío al abrir la puerta y preguntar:

—¿Por qué sabes tanto de mi vida? ¿Quién eres?

Al ver que aquel hombre hacía un gesto pidiendo permiso para entrar, Aurélío le dejó pasar y dijo:

—Que te quede claro que no voy a escuchar tonterías. ¿Cómo te llamas? ¿De qué se trata?

—Me llamo Murilo.

Muy satisfecho con la exigencia de Aurélio de que fuera directo al grano, Murilo explicó:

—Somos hermanos. Mi madre... en realidad, nuestra madre se quedó embarazada a los 17 años, en una época en la que eso solía ser un gran problema. Justo después de dar a luz, sus padres se llevaron al bebé y lo dieron en adopción. Aureliana y Antônio no podían tener hijos y te adoptaron a ti, Aurélio, que aún estabas envuelto en la manta que nuestra madre había elegido para abrigarte aquel invierno.

Completamente aturdido por aquella historia, Aurélio sacudió la cabeza de un lado a otro, intentando aclarar sus ideas. Respiró hondo, aliviado al pensar en algo, y dijo:

—Eres un lunático, has descubierto que mi vida es una auténtica desgracia y has decidido gastarme una broma. Si la intención es alguna trampa, que sepas que estoy más destrozado que los cristales de esa puerta por la que has entrado.

—No es ninguna trampa, Aurélio. Tengo una noticia pésima y otra maravillosa: por desgracia, nuestra madre falleció hace diez días; por suerte, en su testamento te ha dejado una suculenta fortuna, que te será entregada con la única condición de que la aceptes expresamente. Nuestra madre no quiso correr el riesgo de imponerte la responsabilidad de tal riqueza. La decisión tendrá que ser tuya, Aurélio.

—Mucho dinero... Si lo acepto expresamente, lo recibiré todo... Una madre millonaria...

Para Murilo, esa expresión de total desconcierto de Aurélio fue muy oportuna y le hizo reflexionar. *Así será más fácil manipular a ese imbécil.*

Y dijo:

—Sé, hermano mío, que te resulta muy impactante recibir esta información de improviso. Pero no tenía otra alternativa, porque ya se ha abierto el testamento y hay muchos herederos con la mirada puesta en tu fortuna. Necesito que escribas algo, de tu puño y letra, para que yo pueda tranquilizar a todos los de allí y proteger tu derecho a la herencia.

Aurélio se sentó en el sofá.

—¡Levántate, Aurélio, y ve a por papel y bolígrafo!

La firmeza de aquella orden hizo que Aurélio se levantara, saliera del salón y volviera, en cuestión de segundos, con un cuaderno infantil y un bolígrafo.

Murilo, sin querer perder ese ritmo de obediencia de Aurélio, se sentó a su lado, cogió el móvil, se hizo un selfi de los dos y dijo:

—Escribe ahora, Aurélio: *Mi vida se estaba convirtiendo en un auténtico tormento, envenenada por las deudas, el divorcio y la adicción. Tristes descubrimientos me llevaron a tomar esta decisión definitiva. Salgo de este infierno para alcanzar el paraíso, donde os estaré esperando a ti, Amanda, y a nuestras hijas. Perdón, Amanda, por todo lo que os he hecho sufrir. Ahora seréis felices.*

Al ver que Aurélio terminaba de escribir y empezaba a mirarlo fijamente, Murilo preguntó:

—¿Qué pasa, hermano?

A pesar de que seguía extrañándole mucho que lo llamara así, Aurélio dijo:

—Estas palabras parecen una despedida.

—Y realmente se trata de una despedida, Aurélio. Pero una despedida de la vida que tú mismo has calificado de *verdadera desgracia*. Fíjate en el mucho sentido que tiene si lo lees pensando en el giro radical que ha dado tu vida, debido a la herencia que pronto estará a tu nombre y que también será de tu mujer y de tus hijas.

Frunciendo el ceño, Aurélio leyó lo que había escrito en el cuaderno de su hija.

—Sí. Tiene sentido. Pero yo usaría otras palabras. Mejor lo reescribimos...

—¡No! —dijo Murilo, impidiendo que Aurélio arrancara y arrugara la página del cuaderno—. No hay tiempo para volver a empezar. Hay un chófer esperándome, Aurélio, porque tengo un compromiso urgente en mi ciudad, a unos doscientos kilómetros de aquí.

Cuestionándolo todo, pero demasiado sorprendido para reaccionar en su propia defensa, Aurélio se limitó a asentir y le tendió el cuaderno a su recién descubierto hermano.

En lugar de coger el cuaderno, Murilo le pidió, con amabilidad en la voz:

—Firma. Yo me llevaré esta carta, que formará parte del inventario de nuestra madre. En unos días te llamaremos para terminar los trámites. En menos de un mes, recibirás toda la fortuna a la que tienes derecho.

Las últimas palabras, junto con la precaria realidad que vivía Aurélio, hicieron que asintiera, firmara la carta y se la entregara a su hermano.

Al ver que Murilo dejaba el cuaderno sobre el sofá, de donde cogió dos botellas pequeñas, Aurélio se preguntó:

—¿De dónde ha salido esta agua? Estaba tan ausente que ni siquiera me di cuenta de que Murilo había llegado con botellas.

—Habría traído vino o whisky para brindar, querido hermano. Pero, sabiendo de tu problema con el alcohol, decidí traer agua pura.

Entre agradecido y avergonzado, al ver que había una botella de vodka sobre la mesita del salón, Aurélio vio cómo Murilo abría una de las botellas de agua y se la entregaba, para luego abrir la otra.

Con una amplia sonrisa, Murilo extendió la mano hacia Aurélio y dijo:

—Brindemos por el fin de esta vida de sufrimientos, hermano mío.

La sonrisa de Aurélio fue vacilante al rozar ligeramente su botella contra la de Murilo y repetir:

—Brindemos por el fin de esta vida de sufrimientos, hermano mío.

Tras varios tragos, ambos se miraron a los ojos.

Murilo le pidió:

—Siéntate otra vez, porque tendremos que esperar un poco.

—¿Esperar qué? Dijiste que tenías prisa, Murilo, porque tenías un compromiso...

Una sensación de malestar general se apoderó del cuerpo de Aurélio. Se sentó, se recostó y cerró los ojos.

Muy satisfecho al ver que su hermano empeoraba rápidamente, Murilo cruzó los brazos y esperó.

A punto de perder el conocimiento, Aurélio se apartó del sofá y murmuró, mirando la botella en el suelo:

—El agua es fuente de vida...

—¡En tu caso, Aurélio, el agua es fuente de muerte!

Incapaz de pronunciar ni una sola palabra más, Aurélio levantó la mirada hacia su hermano, con aire interrogativo.

Descruzando los brazos, Murilo explicó:

—Todo lo que he dicho es cierto, hermano mío. Solo omití la parte en la que acordé con el abogado de nuestra familia que, tan pronto como pudiera, vendría aquí a hablar contigo. El doctor Ernesto y yo acordamos que nadie más te buscaría, para que no hubiera ningún tipo de presión en tu decisión y pudieras elegir libremente si aceptabas o no la herencia, tal y como era el deseo de nuestra madre.

Aurélio se estremeció con un espasmo.

Sin alterarse, Murilo reanudó la explicación:

—Le pedí al doctor Ernesto, y también al resto de la familia, que esperaran un mes. Les dije que, si no venías a vernos dentro de ese plazo, sería porque habías decidido renunciar a la gigantesca fortuna que aquella anciana decrepita te había dejado.

El cuerpo de Aurélio se desplomó de costado en el sofá.

Murilo se acercó más y dijo:

—Parece que no vas a aparecer por allí para recibir todos esos millones; tu parte me corresponderá a mí.

Con un hilo de voz, Aurélio dijo:

—Pero, ¿y la carta para la sucesión...?

—Es obvio que no la llevaré. La carta se quedará aquí, Aurélio, para que se concluya que la causa de tu muerte fue el suicidio, sin que haya investigaciones inoportunas que puedan entorpecer mis planes. Nuestra foto, que acabo de hacer, demostrará que realmente te encontré y te ofrecí la herencia, dejando claro, dentro de un mes, que decidiste no aceptarla.

Aurélio exhaló su último aliento.

Tras asegurarse de que su hermano había fallecido, Murilo limpió toda la habitación, sin dejar rastro alguno de su presencia. A continuación, sacó del bolsillo la llave del coche, echó un último vistazo a aquel cuerpo sin vida y se marchó.

Amigo lector, las primeras palabras que has leído fueron preguntas formuladas por Aurélio tres días después de su muerte, cuando despertó en el mundo espiritual. Las preguntas surgieron porque él entendía que había muerto, pero aún se veía a sí mismo y oía lo que su familia biológica decía de él en el plano material. El hecho de haber creído que tras la muerte solo había vacío fue lo que provocó tal extrañeza en Aurélio al verse vivo y activo.

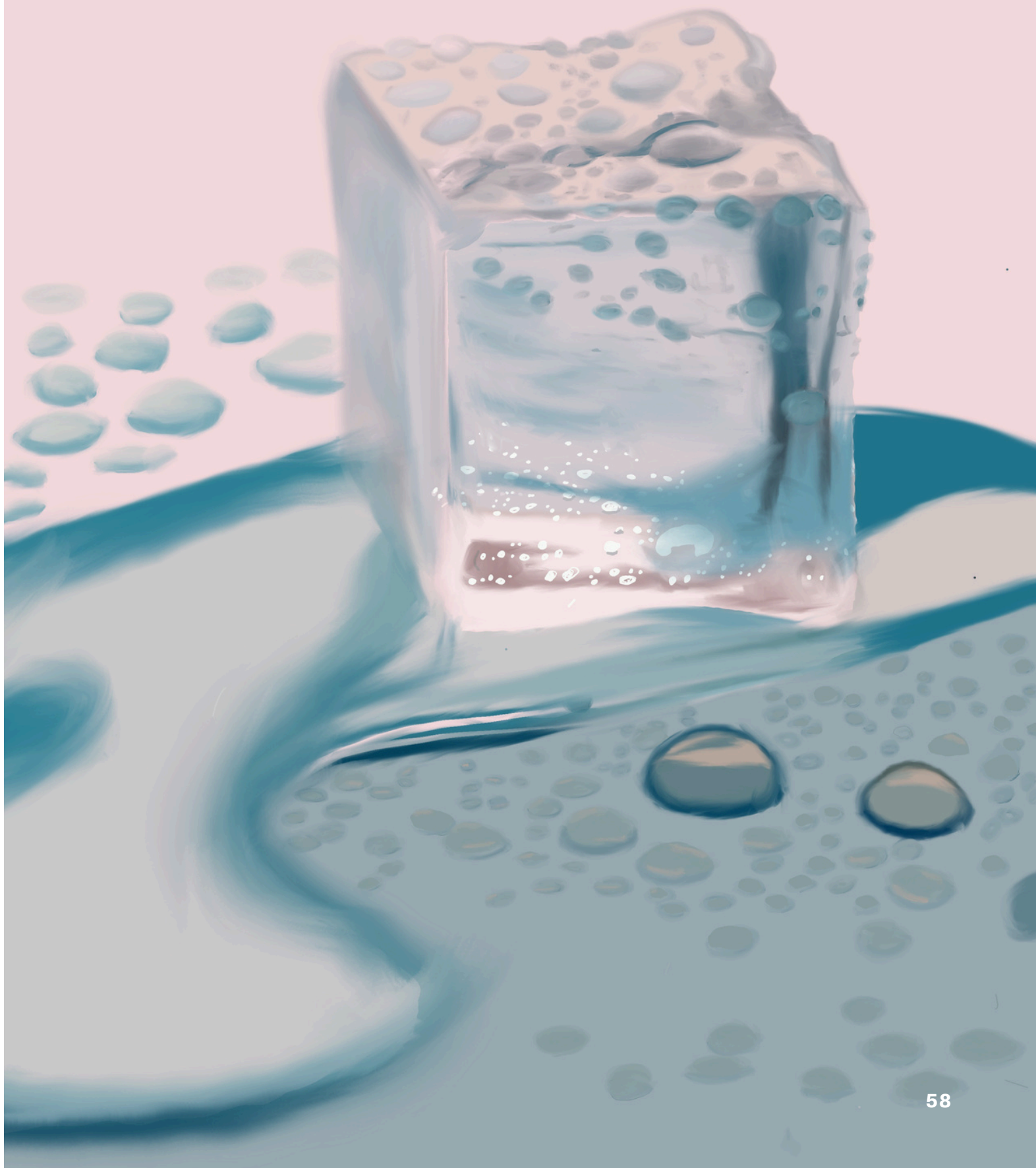
En ese momento, dominado por el odio y el deseo de venganza, y sabiendo que nadie podía verlo ni oírlo, Aurélio se concentra en conocer mejor a cada miembro de su familia biológica, para decidir quiénes serán los objetivos de su venganza.

—Esta mansión es mi nuevo hogar. Todos los buitres codiciosos de esta maldita familia vivirán aterrorizados por mí. Y tú, Murilo, a partir de ahora sentirás tal aversión al agua que no tardarás en venir a este lado, ¡donde te espera un sufrimiento inimaginable!

En el despacho de la mansión, el hijo y el padre de Murilo se llevaron un buen susto al ver cómo él lanzaba contra la pared un vaso lleno de agua, mientras gritaba a pleno pulmón.

—¡Quiten esa agua de mi lado! ¡El agua es fuente de muerte!

Nadie en aquel despacho oyó la carcajada alta y estridente de Aurélio.



DRY MARTINI

Atoma

My throat is dry from the martini.

My dress is wet from the heat.

My thoughts are soaked with you.

The air conditioning surrendered sometime before sunset. The bartender apologized as though there was anything he could do against August, but no one seemed to mind. They simply loosened their collars, lingered over their drinks a little longer, and accepted the slow punishment of the evening.

So did I. A drop escapes from the back of my neck and begins its lazy descent down my bare spine. I follow its journey without moving, allowing it to wander as though it already knows my body better than I do. For one irrational second, I imagine it's your hand. Memory has always been a better liar than desire.

I lift the olive from my glass and let it rest on my tongue, tasting the salt before swallowing it whole. Somehow, it reminds me of your lips. Not because they taste alike, but because they disappeared too quickly, leaving behind only the desire for another sip.

The room feels submerged. Conversations no longer echo but ripple softly through the humidity, while the amber lights dissolve behind a veil of condensation until the city beyond the windows melts into watercolor.

Everyone begins to look slightly unreal.
Myself included.

I gather my hair with the extra pen I always carry, but my curls have never respected authority. One by one they escape, curling against my neck, tracing my shoulders, clinging to damp skin with the same stubborn devotion with which I still hold on to you.

By now my dress has become another layer of water, embracing every curve of my body the way your memory does.

Closer than comfort.
Closer than reason.

When I finally glance up from my notebook, I realize the room has grown quieter. Only a handful of brave souls remain, though perhaps they're staying because of the heat rather than despite it.

Their attention has quietly drifted toward my table. The old pianist continues playing somewhere in the background, melting into the humidity along with the music, but tonight he is no longer the performance.

A fresh martini appears beside my empty glass.

"From the gentleman at the end of the bar."

I never look.

Some mysteries lose all their elegance the moment they're answered. Besides, I already came here waiting for someone else.

Instead, I ask the bartender for a glass filled with ice. He smiles in a way that makes me wonder if he has watched this ritual before.

I press the cold crystal against my throat, and it steals my breath before surrendering tiny rivers that slip beneath my collarbone, travel between my chest, wander down my back, and disappear beneath the fabric of my dress.

For a fleeting moment, every drop becomes another version of your touch.

And every drop vanishes before I can keep it.

Perhaps that's why water has always reminded me of love. You can cup it carefully in your hands. You can dive into it. You can even drown in it.

But you can never persuade it to stay.

By the time I finish writing, the ice has become water, the second martini remains untouched, and rain has finally begun tapping against the windows as though the night itself has started sweating.

I leave a few bills beneath the glass, close my notebook, and walk into the storm without opening my umbrella. By the time anyone thinks to look back toward my corner, I'm already gone.

Just another ghost.

Just another woman made almost entirely of water.

And somewhere behind me, a dry martini waits patiently... for someone who never came.



¡Nueva!
ESCANEAR





Agua · Jarabe de Palo



Run to the Water · Live

CORRE HACIA EL AGUA, QUE NO ESTÁ CERCA

Sol Doria

Hay momentos en la vida en los que una descubre que tiene sed demasiado tarde. No hablo solo del cuerpo, sino de esa otra sed: la de un abrazo que ya no está, una conversación que no ocurrió, un perdón que nunca llegó o un sueño que dejamos secarse por miedo. Es entonces cuando comprendemos que el agua más necesaria no siempre está al alcance de la mano.

En *Agua*, Jarabe de Palo convierte ese elemento cotidiano en mucho más que líquido. El agua es aquello que devuelve la vida, que calma, que limpia y que, precisamente por ser indispensable, solo notamos cuando falta. Todos hemos corrido alguna vez detrás de algo que amábamos cuando ya parecía demasiado lejos. Es una carrera injusta: mientras más desesperadamente corremos, más larga parece la distancia.

Sin embargo, quizá la lección del agua nunca fue permanecer quieta. Los ríos siguen su curso. Las lluvias llegan y se van. El mar retrocede para volver con la siguiente ola. El agua enseña que amar también implica aceptar el movimiento de las cosas. No todo lo que se aleja está perdido para siempre, y no todo lo que permanece inmóvil sigue verdaderamente vivo.

Esa idea encuentra un eco inesperado en *Run to the Water*, de Live. Allí, correr hacia el agua deja de ser un acto de supervivencia y se convierte en un acto de fe. No porque el camino sea sencillo, sino porque existe la convicción de que vale la pena seguir avanzando. Hay una línea que siempre me conmueve: **"burnt to the core, but not broken"**. Quemados hasta el centro, pero no rotos.

¡Qué profundamente humana es esa imagen! Todos cargamos cicatrices. Todos conocemos el fracaso, la culpa, el cansancio o el peso de nuestras propias contradicciones. Pero hay una diferencia inmensa entre estar herido y estar vencido. A veces el amor —el de quienes caminan con nosotros o el de un Poder mayor que insiste en sostenernos cuando ya no podemos hacerlo solos— nos recuerda que todavía somos capaces de levantarnos.



Tal vez por eso correr hacia el agua nunca fue únicamente correr hacia aquello que perdimos. También es correr hacia aquello que aún podemos llegar a ser.

Vivimos convencidos de que el momento perfecto llegará después: cuando tengamos más tiempo, más dinero, menos miedo o mejores respuestas. Pero el agua no espera. Fluye ahora. Y la gracia tampoco suele instalarse en un mañana ideal, sino en este instante imperfecto, donde seguimos aprendiendo a amar con manos torpes y corazones remendados.

Quizá la mayor ironía sea que muchas veces descubrimos que el agua estaba más cerca de lo que imaginábamos. No siempre como solución inmediata, sino como una presencia silenciosa que nos invitaba a confiar mientras seguíamos caminando.

Si hoy sientes sed, corre. Aunque el agua parezca lejana. Corre hacia el perdón. Corre hacia la reconciliación. Corre hacia los sueños que aún respiran. Corre hacia el amor que todavía es posible. Y, sobre todo, corre hacia ese presente donde la gracia sigue alcanzando incluso a quienes llegan exhaustos.

SOL DORIA

AGUA QUE FLUYE... SANA TUS EMOCIONES

Mónica Reta

Siempre tuve una fuerte compenetración con el agua. Ella siempre tocó algo de mi fibra interna: estar en el agua, inmersa en sus entornos sin límites, en el mar, en el río, en cualquier espacio; casi podría decir que el agua me llama, me recuerda que, como de ella venimos, no puedo menos que sumergirme en ella. Casi que podría decir que el agua conecta con algo muy profundo de mi sensibilidad.

El agua se me aparece como una caprichosa hermana de emociones; trae de la mano, o en sí misma, un fluir que mucho se parece al fluir de lo que siento, al fluir emocional. Y justamente la palabra “emoción”, del latín *emovere*, me recuerda y replantea todo el tiempo ese movimiento tan peculiar que tiene lo que sentimos de adentro hacia afuera de nosotros; así como el agua fluye en la tierra, en diferentes lugares, y trae algo que identifica mi alma: sus azules turquesas en los mares, su profunda coloración verde en espacios como lagos, cuando el impacto de la lava volcánica queda a sus pies. El agua, en miles de formatos diferentes, en miles de presentaciones diferentes a lo largo del planeta, conecta, vibra con mi ser íntimo, con mi interioridad; me recuerda que soy un ser en movimiento, en comunión con la naturaleza, que siente permanentemente y va danzando con un movimiento que hace que mi sentir cambie durante el día, en varios momentos, a lo largo de los días, de las semanas, de los meses, de los años.

Conectar con el agua, querer estar ahí, en medio del agua, sumergida, es casi una necesidad espiritual que vivifica, que refresca cuando hace calor y que hace pensar, me hace pensar y me hace vibrar en una energía muy similar a mi sentir y al resto del planeta. Estoy ahí, en el agua, y toda otra sensación energéticamente baja, desfavorable —como así llamamos a las emociones negativas—, deja de fluir en mí. El agua limpia, lava, arrastra, purifica, sana, calma la sed y es el origen de la vida; por lo tanto, es el origen de la sanación espiritual y emocional de los seres humanos.

Me hace entrar en comunión con mi sentir y me recuerda dos cosas: en primer lugar, que inmersa en ella soy libre de moverme, de escaparme por momentos y de quedarme en otros; y así, igualmente, tengo capacidad de liderar mis emociones, de tomar las riendas de ellas, de no dejarme llevar por aquello que me produce dolor o padecimiento, y de elegir un sentir en la vida que me conduzca a un sentido en la vida; es decir, comenzar mi día con emociones positivas que me permitan hacer aquello que me produce más emociones positivas: placer, felicidad, alegría, conexión, reconexión, optimismo, expectativa.

Todo eso me lo permito desde el lugar de saber y ser consciente de ese fluir, de que soy la dueña de mi fluir, así como soy la dueña, en el agua, de mis movimientos y del camino que recorro, quizás nadando hasta la otra orilla, o quizás recorriendo la playa, la costa, metiéndome en el lago frío del deshielo, o quizás más aún, más aún y más profundo, en el mar.

Liderar tus emociones desde una vida consciente, de plena conexión contigo mismo, es el principio para sanar heridas del pasado —heridas que sin dudas dejaron huellas emocionales— y elegir desde qué mundos emocionales, desde qué emocionalidades y desde qué estados de ánimo quieres vivir.

Claro que esto no es un camino unilineal, ni que puedas recorrer en poco tiempo. Las elecciones emocionales, en el mundo en que vivimos hoy, nos exigen más que nunca tener la voluntad, el interés, la disposición y la capacidad —por qué no— hasta de bucear en espacios en donde sumergirnos profundamente, como fluyendo por las profundidades del mar, en nuestros más abismales secretos de la emocionalidad perdida. Quizás la de un duelo, quizás la de un viejo conflicto familiar, quizás la de una separación, la de una ruptura, la de una pérdida; quizás el inevitable y contradictorio estar con el mundo que nos trae las emociones negativas o perturbadoras de los otros.

En los espacios en los que habitan las emociones negativas, muy difícilmente tenemos acceso a la prosperidad y a la abundancia. Son espacios en donde se delimita la escasez: la escasez de energía, la escasez de ganas para hacer, la escasez de ganas para trabajar, para conectar con los demás, para producir aquello que queremos, para encontrarnos con los resultados que queremos lograr. En esos espacios de escasez nunca hay dinero, pero tampoco nunca hay amor y, por qué no, quizás hasta no haya salud. Salir de la escasez para convertirla en abundancia es tu mandato y es tu derecho como ser humano. La liberación de las emocionalidades negativas se logra desde espacios de placer, conexión y emocionalidad positiva en todo sentido; espacios que has creado primero, a priori, antes de esa liberación: espacios “a propósito”.

Tomas el paquete de tus emociones, tus conflictos, tus dificultades; lo envuelves, lo cierras firmemente, tomas aire y lanzas el paquete al agua, en el sentido en el que fluye hacia abajo. Respiras hondo y ves cómo el paquete se desplaza hacia un punto en el que va a caer y vas a dejar de verlo definitivamente. Cuando ello ocurre y ya no está, tomas de nuevo aire profundamente, reconectas con ese espacio —quizás el de una montaña— y, al exhalar profundamente, sueltas hasta la última gota de aquel elemento vital que te conectaba con ese problema, con ese conflicto, con esas emociones. Y así sientes cómo te has deshecho de eso que tan mal te hacía sentir.

Pero siempre, desde un lugar de bienestar emocional, tienes que ocuparte de sondear esas profundidades emocionales que forman parte de tu vida, de tu conflicto, de tu historia, o incluso de tu hoy, que está determinando esa emoción —hoy a flor de piel— que quieres soltar y dejar fluir para que se vaya. Desde mis enseñanzas de cómo conectar con mundos emocionales positivos, invito muchas veces a los participantes de mis charlas, de mis cursos, de mis conferencias, a imaginar que todo conflicto, todo pesar, todo grupo de emociones negativas que estén influyendo en ti hoy, puedes tomarlas en tus manos y acercarte con ellas hacia una fuente de agua que es, sin dudas, una fuente de vida. Y cuando estás allí, ves que esa fuente es una pendiente de agua que fluye como una cascada hacia abajo.

El optimismo, la alegría, la apertura, la expectativa son esenciales en un mundo y en una vida en la que tenemos que generar abundancia para vivir en bienestar. Nadie está bien desde la escasez, pero si generamos abundancia para el bienestar, seguramente encontremos ese estado de ánimo tan complejo que vibra tan alto y que es tan deseado por todos los seres humanos: la felicidad. Si estás buscando la forma de reconectar con una emocionalidad sana, limpia, pura, que te permita —al igual que el agua cristalina que fluye desde allí, desde lo alto de la montaña— curar de verdad, dejar atrás y limpiar todo aquel conflicto o dificultad que te impide seguir adelante y generar abundancia, te invito a que conectes con mi propuesta “Be Emotional: activa tu liderazgo emocional”, a través de mi libro, que me lo puedes pedir escribiéndome a mi correo info@coachingypsicologia.com o por WhatsApp al +54 9 11 4073-8709.

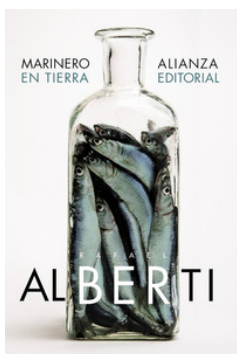
Y quedate atento, que por allí te estaré brindando mucha más información sobre las actividades que realizamos para mover tu emocionalidad y generar mayor bienestar todos los días de tu vida: talleres, charlas, conferencias y más. No te pierdas mis novedades escribiéndome “QUIERO SUSCRIBIRME” por cualquiera de esos medios, y voy a estar enviándote un newsletter cada 15 días en donde vamos a estar siempre conectados.

Lic. Mónica Silvia Reta
Psicóloga · Coach Ontológico Profesional
www.coachingypsicologia.com



JOHN LANGAN: EL PESCADOR

Este es un libro muy especial, con una historia que te atrapa desde el principio. Ambientado en poblaciones pequeñas rodeadas de pantanos y ríos de los EEUU, donde la pesca es uno de los divertimentos más habituales. Se entrelazan historias antiguas y oscuras con momentos sobrenaturales en la actualidad, muy ligados a la muerte y a la soledad. Con un ambiente de terror sombrío y unas criaturas muy Lovecraftianas, estamos ante una historia totalmente inmersiva. Altamente recomendable si te gusta el mundo del horror, las criaturas extraordinarias y por supuesto la pesca.

**RAFAEL ALBERTI: MARINERO EN TIERRA**

Oda al mar. A todo lo que rodea lo marino, al campo, a las costumbres de antaño. A los viajes, a la vida y a la muerte. A la soledad y el amor costero. A la inmensidad de los mares y a donde te lleva la vista al mirar al horizonte. Un clásico poético que teletransporta a unos años atrás y te deja con sabor a sal.

Eloy Conde
@recitariopoetico

**ELMA CORREA: DONDE TERMINA EL VERANO**

Una obra que muestra la realidad de la amistad en la infancia, la distancia, la separación y el olvido inducido por una realidad que enseguece. La violencia y el crimen que se vive en casi todas las fronteras del mundo, el amor no correspondido, la buenaventura de unos y la pobreza como castigo terrenal. Elma Correa dibuja su natal Mexicali de una manera esplendorosa, recorriendo tal vez memorias y realidades de la comarca. Una novela que danza al compás de un buen director de orquesta.

Leonel Flores
@una_pulgada_de_cuentos



MICROMUNDOS⁰⁶

